

LA PROPAGANDA POLÍTICO RELIGIOSA DE ALCIBÍADES

por

Domingo Plácido

Universidad Complutense de Madrid

Desde los autores más antiguos, quienes compartieron con él el protagonismo de la vida política y escribieron en el mismo período, como el historiador Tucídides, Alcibiades aparece como un personaje eminentemente contradictorio, entre la aristocracia y la democracia, entre la popularidad y el rechazo público por temor a sus aspiraciones tiránicas.

Su personalidad, sin embargo, no se aleja mucho de los rasgos de toda una época, de la que puede sin duda ser un representante al mismo tiempo típico y excepcional. La indudable riqueza intelectual desarrollada en Atenas en el período de la guerra del Peloponeso, durante el cual transcurrió la mayor parte de su vida, constituye el escenario de su biografía. El momento en que fue más eficaz la capacidad del *dêmos* para expresar su voluntad y orientar la política de acuerdo con sus intereses significó al mismo tiempo un punto de inflexión en diferentes aspectos de la vida de Atenas. La presión popular en favor de una guerra que permitiera conservar y ampliar el imperio en que se sustentaba la posibilidad de disfrutar al mismo tiempo de la democracia y de la concordia entre las clases de ciudadanos libres comenzó a horadar las mismas relaciones imperialistas. Al mismo tiempo, la colaboración entre aristocracia y *dêmos* tendía a romperse o a manifestarse como protagonismo individual de algunos, que con apoyo del *dêmos* se inclinaban a la tiranía. Alcibiades en su peculiaridad individualista y Atenas como ámbito de los intereses colectivos del *dêmos* llegaron a formar una unidad históricamente considerada.

Por otro lado, si la política constituye siempre un aspecto ambiguo de la realidad social que, en momentos como la guerra y en figuras como Alcibiades, agudiza su ambigüedad y permite que el personaje actúe como demócrata u oligarca con oscilaciones cortas sin gran necesidad de explicaciones racionales, el campo de la religión es en sí mismo la representación de la ambigüedad. Cuando se habla en términos religiosos, la contradicción se presenta sin ninguna necesidad de explicación. Por el contrario, la religión misma sirve como instrumento para asumir las contradicciones. Así, las relaciones entre política y religión en el ambiente colectivo de la guerra

del Peloponeso y en la personalidad peculiarísima de Alcibiades constituyen un tema de interés como ejemplo de la vitalidad del estudio histórico cuando es permeable al mundo intelectual y a las manifestaciones intelectuales de los colectivos humanos en medio de un campo de acción en que sus relaciones aparecen como especialmente conflictivas. Colectividad e individuo, relaciones sociales y vida religiosa se encuentran para proporcionar una visión dinámica del período.

Los festivales panhelénicos representaban desde el arcaísmo una de las manifestaciones religiosas más importantes de Grecia precisamente porque, junto al desarrollo de las prácticas propias de cada *pólis*, se proyectaban hacia la organización de una entidad étnica que sirviera de cauce a las formas de colaboración y a los conflictos¹. La proyección panhelénica tuvo una enorme trascendencia en la formación de la cultura griega, empezando por la épica y el panteón olímpico. La representación que cada ciudad pudiera tener en tales manifestaciones aumentaba su peso en el conjunto griego y en cierto modo dependía de dicho peso. Pero éste lo proporcionaban los poderes de cada uno, que de esta manera aumentaba su propio peso dentro de la ciudad. El panhelenismo fortalecía la *pólis* y a los aristócratas que dentro de ella eran capaces de darle prestigio en las manifestaciones agónicas, principalmente en Olimpia².

En este espíritu se desarrolló la poesía de Píndaro, que exaltaba las victorias de los miembros de las familias aristocráticas de toda Grecia, incluidos quienes se definían como reyes y tiranos, para dar gloria a la ciudad y para consolidar el papel político de dichos individuos y sus familias.

Es el mismo espíritu que se revela en el epinicio de Eurípides dedicado a las victorias de Alcibiades en Olimpia (Plutarco, *Alcibiades*, 11,3; *PMG*, 755-756), donde alaba sus victorias, pero culmina con la proclamación a través del heraldo, a su regreso coronado con el olivo, momento en que se muestra la eficacia de la victoria y de la participación en los festivales panhelénicos³. Sin embargo, la fecha misma en que se sitúa la victoria y el epinicio responde a ese momento crucial en que la historia de Atenas comenzaba a alterar su trayectoria, antes de la expedición a Sicilia y de la conquista de la isla de Melos. Así se explicaría la postura elogiosa de Eurípides, otro personaje cuya biografía contradictoria resulta coherente con la historia de Atenas y con la biografía política de Alcibiades. Según la interpretación habitual de las *Troyanas*⁴, el drama allí representado tendría que ver con las reacciones al menos personales dadas en Atenas ante la violencia de la intervención en Melos, donde argumentos y tensiones, representados magistralmente por Tucídides (V,84-111), constituyen un síntoma privilegiado de la violencia que se va introduciendo en las relaciones humanas. Dada la participación de Alcibiades en tales acciones, Eurípides

¹ M. Dillon. *Pilgrims and Pilgrimage in Ancient Greece*. Londres / Nueva York. Routledge. 1977. p. 119

² S. Forde. *The Ambition of Rule. Alcibiades and the Politics of Imperialism in Thucydides*. Ithaca / Londres. Cornell University Press. 1989. p. 78

³ C.M. Bowra. "Eurípides' Epinicion for Alcibiades". *Historia*. 9. 1990. 68-79.

⁴ D. Plácido. *La sociedad ateniense. La evolución social de Atenas durante la guerra del Peloponeso*. Barcelona. Crítica. 1997. p. 89

sólo puede haber escrito el epinicio antes, cuando aún no se habían revelado las tensiones subyacentes, aunque Atenas ya hubiera sido escenario de acciones como la de Mitilene.

El protagonismo de Alcibiades había significado desde luego una esperanza de renovación, protagonizada por una nueva figura de la aristocracia capaz de volver a establecer lazos como los de Pericles, de representación y encauzamiento del pueblo, tras el protagonismo de la figura de Cleón antes de la paz de Nicias. En Melos, sin embargo, se había vuelto a manifestar la violencia imperialista. Las contradicciones afloraban de nuevo violentamente y así se refleja en la tragedia de Eurípides.

Pero, antes, el trágico parece haber confiado en la acción de Alcibiades, manifestada simbólicamente en su protagonismo olímpico. En efecto, Alcibiades fue capaz de manifestarse en las pruebas panhelénicas como un aristócrata poderosísimo que obtuvo con sus carros de cuatro caballos tres premios en la misma competición, primero, segundo y tercero o primero, segundo y cuarto, según las fuentes. Allí pudo manifestarse su poderío en todo su esplendor, ofreciendo banquetes a los griegos gracias a las victorias obtenidas, no por sus cualidades físicas, sino como propietario dedicado a invertir para ganar prestigio y hacer carrera política, como había hecho Cimón, conspicuo representante de la actividad aristocrática en ambiente democrático⁵. En aquel momento apareció como un síntoma de que podría aumentarse la potencia de Atenas. El individuo triunfante en Olimpia ganaba así para la ciudad una imagen que se correspondería con la capacidad imperialista de la misma, desde luego dirigida por ese individuo triunfante. Por eso resulta tan importante el uso propagandístico que el propio Alcibiades hace de ello en el discurso previo a la expedición a Sicilia, en Tucídides, VI,16, para convencer a la población de la necesidad de emprender una ambiciosa campaña con el fin de satisfacer las necesidades coincidentes de sus propias aspiraciones con las del *dêmos* para conservar el imperio⁶.

El otro lado de su conducta viene reflejado en algunos comentarios procedentes desde luego de ambientes hostiles, como el del discurso *Contra Alcibiades* del *corpus* de Andócides, donde lo acusan del uso privado de los bienes públicos, al tomar los vasos sagrados para invitar como privado en favor de su propio prestigio y no devolverlos. Por otro lado, según una interpretación⁷, las *Nubes* de Aristófanes harían alusión a las deudas de Alcibiades como consecuencia de su despilfarro en el mundo del panhelenismo. De ser cierto, habría que pensar en una coherencia entre el gasto, la deuda y las necesidades expansivas, que podrían repercutir en la fortuna propia y personal de Alcibiades. Ya lo comentaba Tucídides antes de su discurso previo a la expedición a Sicilia (VI.15.3), cuando señalaba que los gastos de la *hippotrophia* afectaron a la ciudad de los atenienses. Así se materializa el escenario de la coincidencia entre Alcibiades y el *dêmos*, lo que sirve a las fuentes hostiles al personaje.

⁵ P. Schmitt-Pantel. *La cité au banquet. Histoire des repas publics dans les cités grecques*. (CEFR.A. 157). Roma. EFR. 1992. 186-7

⁶ Schmitt-Pantel, p. 196

⁷ M. Vickers. "Alcibiades in Cloudedoverland". en *Nomodeikes. Greek Studies in Honour of Martin Ostwald*. Ann Arbor. University of Michigan Press. 1993. 613. ss.

que llegan a acusarlo de usar caballos ajenos para su propio provecho, según el citado *Contra Alcibiades*, 27. Allí también se dice (30) que la tienda utilizada para festejar a los griegos había sido pagada por las ciudades del imperio, por Éfeso, Quios y Lesbos⁸ y además era una tienda de modelo persa, con lo que su figura se asocia a un imperialismo tradicionalmente tiránico y despótico, sobre ciudades y sobre ciudadanos. De ahí que se haya configurado la doble cara del aristócrata triunfador, que beneficia a la ciudad pero se convierte en un tirano en potencia, dado que la tradición sabe que los tiranos se han apoyado en su propio prestigio popular para acceder al poder.

Por ello también cabía interpretar como tiránico el prestigio resultante de sus éxitos. Así se leía el hecho de que se hiciera dos cuadros pintados por Aglaofonte, con Olímpide y Pítide imponiéndole una corona, y una escultura en que Nemea tiene a Alcibiade sobre sus rodillas, según un texto que Ateneo (XII,533D) recoge de Sátiro (*FHG*, III,160). De este modo lo transmite Plutarco (*Alcibiades*, 16,7), para quien esta última imagen era vista por los más viejos como síntoma de sus actitudes tiránicas y contrarias a las leyes. Los miedos ante el peligro de tiranía van surgiendo a partir de tales consideraciones, las que hacen temer ante las actitudes triunfalistas de los aristócratas.

También en el gimnasio de Cinosargos, en Atenas, había, según Ateneo (VI,234E), una estela con un *pséphisma* propuesto por Alcibiades para celebrar sacrificios con comensales tomados entre los hijos ilegítimos (*parásitoi ek tón nóthon*)⁹, lo que revela una voluntad de atracción de poblaciones marginales sobre las que establecer relaciones desiguales y para fundamentar de este modo una influencia que podría llegar a hacerse sospechosa para la población libre.

Así se revelaría la doble cara de las victorias olímpicas y de las acciones evergéticas relacionadas con cultos panhelénicos o propiamente atenienses¹⁰. Por ello la expedición a Sicilia cobra también en este aspecto biográfico una dimensión excepcional, como punto axial de los cambios habidos en Atenas en la guerra del Peloponeso¹¹. La expresión más patente de esta circunstancia está representada por el discurso XVI del *corpus* de Isócrates, escrito para el hijo de Alcibiades, donde se destaca cómo éste era heredero de una tradición aristocrática que se remonta a Alcmeón, el primero que venció con carro en Olimpia, a Clístenes, protagonista de la expulsión de los tiranos, y a Pericles, caracterizado por su *philia* hacia el *dēmos* (25-28). A pesar de haber usado sus bienes privados en favor de la ciudad, luego lo acusaron como protagonista de las luchas oligárquicas de las *hetairiai*¹². El impacto de tales vicisitudes condicionó el papel que desempeñó la imagen de Alcibiades en las luchas políticas del siglo IV.

⁸ Dillon, p. 210

⁹ H.W. Parke, *Festivals of the Athenians*. Ithaca, Cornell University Press, 1977, p. 51.

¹⁰ También aparece haber obtenido un ánfora panatenaica en los festivales de 418, seguramente en el *hippikòs agón*: D.A.

¹¹ D. Plácido, "La expedición a Sicilia (Tucídides, VI-VII): métodos literarios y percepción del cambio social", *Polis*, 5, 1993, 187-204.

¹² E. Bianco, "L'attualità di Alcibiade nel dibattito ateniese all'inizio del IV secolo a.C.", *RSI*, 22-23, 1992-93, págs. 16. sigs.

En efecto, la mencionada expedición a Sicilia, para la que Alcibiades había desarrollado su propaganda personal con base en las victorias olímpicas como modo de persuadir al *dêmos* de que ahí estaban también sus intereses, representó precisamente el momento en que surgieron las acusaciones de destrucción de la democracia, aprovechando, según Isócrates (XVI,6) la importancia de los misterios para el *dêmos* ateniense. Así, una segunda práctica religiosa, de gran prestigio, se convirtió en el elemento de apoyo de las oscilaciones políticas. La acusación se basó en dos acciones cometidas de manera más o menos simultánea, la mutilación de los hermas y la profanación de los misterios de Eleusis con representaciones en casas privadas. Entre los acusadores aparecían personajes vinculados al *dêmos* por actitudes radicales similares a las de Cleón o Hipérbolo, individuos de origen no aristocrático, demagogos que protagonizaban la dirección de las actitudes más violentamente imperialistas, como Alcibiades mismo, pero desde posiciones personales y sociales bien diferentes. Por otra parte, algunos de los que se presentaban como protagonistas de la defensa de la democracia serán precisamente más tarde miembros de los grupos oligárquicos que darán el golpe de 411¹³. El discurso de Andócides, I, *Sobre los misterios*, expone una interesante lista de participantes en la profanación y de acusadores, que da cuenta de la vitalidad política del momento, como resultado de las alteraciones sociales que en la guerra se producen¹⁴. El vínculo entre tales acusaciones y las acciones panhelénicas de Alcibiades lo establece el discurso *Contra Alcibiades* atribuido a Andócides (IV,27), según el cual nunca fue nada para él la *demokratía*, desde que al triunfar trataba a la ciudadanía de modo contrario a la igualdad¹⁵.

También establece una relación Demóstenes, XXI (*Contra Midias*), 145-146, que se refiere a la condena recibida a pesar de sus méritos y los de los Alcmeónidas en favor de la democracia y contra la tiranía. El papel de Alcibiades en relación con la tiranía aparece, pues, profundamente contradictorio, pero siempre relacionado con sus méritos o ultrajes en el mundo de los festivales panhelénicos o de los cultos místicos. Plutarco, en *Vida de Temístocles*, 5,4, considera que los excesos del biografiado en Olimpia imitando a Cimón no gustaron a los griegos. La ambición del político y los actos de prestigio se entremezclan de modo sólo comprensible en una realidad social compleja y dinámica.

De este modo, se revelaría una continuidad temática entre Tucídides VI,16. en que se refiere a los méritos alegados por Alcibiades, y los capítulos 27-29 del mismo libro, en que se contraponen y complementan al mismo tiempo los argumentos a favor de que Alcibiades partiera en la expedición porque era imprescindible y los que lo acusaban de las profanaciones de los hermas y los misterios. El resultado fue que lo dejaron marchar, pero luego lo hicieron volver para someterlo a juicio. Tal vez la coyuntura concreta haya que buscarla en el episodio de Tucídides VI,46-50.

¹³ W. M. Ellis. *Alcibiades*. Londres / Nueva York. Routledge. 1989. págs. 58. sigs.

¹⁴ Ver los comentarios de D. McDowell. *Andocides. On the Mysteries. The Text, edited with Introduction, Commentaries and Appendixes*. Oxford University Press. 1962.

¹⁵ P. Cobetto Ghiggia. *[Andocide] Contro Alcibiade. Introduzione, testo critico, traduzione e commento*. Pisa. ETS. 1995. *ad loc.*

donde se descubre que en Eggesta no había tesoros como los que esperaban hallar para la continuidad de la campaña. Por ello cambiaría la actitud de Alcibiades y se haría menos agresiva y más diplomática¹⁶. Sin embargo, más interesantes son las conclusiones extraídas por Tucídides, VI,53, de modo aparentemente fuera de lugar. Los atenienses sabían que a los tiranos los habían expulsado los lacedemonios, y no los teóricos defensores de la democracia¹⁷. Los alardes democráticos de la aristocracia conducen a la tiranía a través de la creación de dependencias. Los misterios son ahora el elemento que sirve de aglutinante de las ideas, donde el recuerdo de la tiranía se une a la noticia de la condena de los *axiólogoi* y a la entrada de los lacedemonios hasta llegar a luchar junto al santuario de Teseo (Tucídides, VI,60-61)¹⁸. Ahora tiranía y oligarquía aparecen juntas como manifestaciones de reacciones antidemocráticas¹⁹, en un proceso que culminará con el establecimiento de la oligarquía de los Treinta Tiranos apoyada por los espartanos.

La historia de los misterios y la de los hermas fueron seguramente el punto de partida para la existencia de una larga polémica en que la figura de Alcibiades estaba en primera línea como representación de los temas que despertaban interés en torno a la democracia y al protagonismo de los individuos en ella. Así aparece en discurso IV de Andócides y en el XVI de Isócrates²⁰. El personaje se prestaba por su ambigüedad a la utilización de sus rasgos en la lucha política, donde los términos podían adquirir contenidos variados según la habilidad de los oradores. La polémica estaba, en efecto, muy viva en el siglo IV, pues, como se ve por la prosopografía de los diálogos platónicos, son los personajes de la guerra del Peloponeso los que sirven de cauce para el desarrollo de las ideas de la época en que las consecuencias de tal guerra se hicieron más evidentes²¹. En el *Alcibiades I*, la figura del protagonista se mueve en esa dinámica que lo caracteriza como miembro de la aristocracia desplazado hacia un amor al *démos* que lo aparta de su inclinación lógica²², del mismo modo que, en *Banquete*, el autor señala claramente cómo se había producido una falta de entendimiento entre Sócrates y Alcibides²³. Platón distingue a Alcibiades de la escuela socrática, porque el político señala la contradicción del aristócrata implicado en la democracia y sus consecuencias oligárquicas de nefasto recuerdo, y por

¹⁶ G. Mader. "Rogue's Comedy at Segesta (Thucydides 6.46): Alcibiades exposed?". *Hermes*, 121, 1993, págs. 193, sigs.

¹⁷ D. Plácido. "Tucídides, sobre la democracia". *Gerión. Anejos II. Estudios sobre la Antigüedad en Homenaje al Profesor S. Montero Díaz*. Madrid, Universidad Complutense, 1989, 155-164.

¹⁸ Dillon, pág. 178.

¹⁹ K.J. Dover, en A.W. Gomme. *A Historical Commentary on Thucydides*, IV, Oxford University Press, 1970, pág. 337.

²⁰ Bianco, *loc.cit.*

²¹ Plácido, *Sociedad*, págs. 278-282.

²² D. Plácido. "Platón y la guerra del Peloponeso". *Gerión*, 3, 1985, págs. 53-55.

²³ P. H. von Blanckenhagen. "Stage and Actors in Plato's *Symposium*". *GRBS*, 33, 1992, 51-68.

ello el filósofo pretende conservar la memoria socrática al margen de tales contradicciones para poder presentarse él mismo como depositario de un pensamiento capaz de salvar la ciudad.

De manera más inmediata, las repercusiones aparecieron cuando, en la crisis de 411, algunos propusieron el regreso de Alcibiades. Pisandro argumentaba sobre la *sotería* de la ciudad (Tucidides, VIII,53) para favorecer dicho regreso. Los sacerdotes, en cambio, se mostraron contrarios al personaje, pero las nuevas expectativas de salvación de la ciudad no podían prescindir de él y hasta los Eumólpidas se vieron obligados a levantar la maldición que pesaba sobre él (Diodoro, XIII,69,2) y a declarar culpable al hierofanta Teodoro (Plutarco, *Vida de Alcibiades*, 33,3). Además, los jóvenes de la *hetairía* de Pisandro mataron a Androcles, que había colaborado en la expulsión de Alcibiades, pensando agradar a éste y a Tisafernes, con quien se buscaba la alianza (Tucidides, VIII,65).

Alcibiades triunfó a pesar de que, cuando llegó al Pireo, la *pólis* celebraba las Plinterias, fiestas de Atenea en que tradicionalmente los atenienses no se atrevían a hacer nada importante porque traía mal agüero, según Jenofonte, *Helénicas*, I,4,12²⁴. Algunos creían que la diosa no lo acogería (Plutarco, *Alcibiades*, 34,2), pero la situación se superó porque Alcibiades consiguió que se volviera a la procesión a Eleusis, por tierra y no por mar (Jenofonte, *Helénicas*, I,4,20)²⁵. De nuevo, a través de una simple actuación simbólica en favor del santuario previamente profanado, se veía en él la posibilidad de «salvar la antigua fuerza de la ciudad». Plutarco, sin embargo, comenta que nadie se había atrevido a atacarlo porque era tan grande el deseo del pueblo de tenerlo como tirano (*Vida de Alcibiades*, 34,7).

De este modo, la religión se revela como el marco adecuado para integrar las contradicciones permanentes existentes en la historia de la Atenas de la guerra del Peloponeso, tanto en el plano colectivo, con el protagonismo del *dêmos*, como en el individual, con el protagonismo de Alcibiades.

²⁴ Dillon, págs. 41-42.

²⁵ D. Kagan. *The Fall of the Athenian Empire*. Ithaca / Londres. Cornell University Press. 1987. págs. 290-291; I.B. Romano. "Early Greek Cult Images and Cult Practices". en R. Hägg, N. Marinatos, G.C. Nordquist, eds., *Early Greek Cult Practices*. Estocolomo. Aströms. 1988. págs. 130-131. aclara las fiestas de las Plinterias en relación con el mar.